

GENGIS KAHN Y LA SUITE 2806

Por Gerardo Fernández Fe

París no sale de su asombro. A tres semanas de la detención de Dominique Strauss-Kahn justo cuando acomodaba su pesado cuerpo en uno de los asientos de primera clase de su avión con destino a la vieja Europa en el aeropuerto John F. Kennedy, en la capital francesa no se habla de otra cosa, más allá de los quejidos de los indignados *lighth* de la Place de la Bastille e incluso de la alarma por el avance de la Escherichia coli desde tierras alemanas. Un clochard un tanto atarantado que pasa su caluroso día de principios de junio sobre un colchón colocado junto a un quiosco de periódicos y tarjetas postales en una de las esquinas del Museo de Arte Moderno me pide un cigarrillo que no tengo y al acto mira detrás de su cabeza, donde brillan un par de fotos del Presidente del FMI ahora en espera de que la justicia opere, me observa severo, mueve su mano derecha como si espantara una mosca y esclama: *bah, siempre es lo mismo.*

Mientras en Nueva York la prensa de todos los calibres se frota las manos –¡un nuevo *affaire Lewinsky!*!, ¡peor!, piensan algunos; «The big story», anuncia el New York Post--, en París no han sido pocos los que han mostrado su sonrojo ante la caída en desgracia de quien para muchos seguía siendo el caballo de batalla del Partido Socialista de cara a las elecciones presidenciales del año próximo; nada menos que el único capaz, por su experiencia en materia financiera, su carisma, su verbo seductor, su imagen playboyesca, de retar a Nicolas Sarkozy y de conducir hacia el poder al partido de la rue Solferino después de tantos años de devaneos; el mismo hombre, el encargado de reajustar el desastre económico mundial de los últimos tiempos, de quien hace menos de un año la revista Newsweek había afirmado que «podría conquistar Francia después de haber salvado al mundo».

Pero la historia es otra. Según ha trascendido desde aquel 14 de mayo, Nafissatou Diallo, una camarera inmigrante de origen guineano, de 32 años, musulmana, viuda y madre de una hija adolescente, vio abalanzarse hacia ella el cuerpo desnudo del patrón del Fondo Monetario Internacional mientras, sin saber que el huésped se encontraba en el baño, la empleada intentaba «hacer la habitación» en la suite presidencial número 2806 del Sofitel de Times Square, en la calle 44 de Manhattan, donde trabajaba, discreta y afanosa, desde hacía tres años. Ella a «hacer la habitación»; él, como al parecer era su hábito, a «hacer el pan», una expresión muy, muy de Centro Habana.

Desde entonces el *affaire* ha «hecho» la portada de 150 000 periódicos en el mundo, según Kantar Media, un instituto especializado en «ruido mediático». En el lejano Moscú, Vladimir Putin, Primer ministro ruso salido de las filas de la KGB, insistía el 27 de mayo en la idea de un complot contra el expatrón del FMI, según un cable de Interfax citado por el diario *Libération*. Pero, «cuál es la razón profunda de este tsunami? —se pregunta el escritor Philippe Sollers, otro inveterado seductor, en su columna de *Le Journal du Dimanche* del pasado 29 de mayo— El aburrimiento. Un aburrimiento angustioso, sofocante, incontenible, que invadió cada vez más a este rey del mundo financiero, ya virtual Presidente de la República francesa. No crea usted que resulta agradable saltar de reunión en reunión, ver pasar vertiginosamente delante de sus ojos millones de dólares con los que se penaliza a los griegos, a los españoles, a los portugueses, a los irlandeses, de estar consciente de lo peor mientras dice lo contrario, de respirar en el corazón de una catástrofe...; el stress garantizado».

La teoría cínica del novelista («deseó una sensación nueva del riesgo, de la predación, una revancha siniestra, sin dudas, contra una madre castradora »), del fabulador fundador de la revista *Tel Quel*, alguien que en teoría siempre se ha colocado del lado mordaz del psicoanálisis sin esconder su pasión obsesiva por la figura femenina, podría de cierta manera enriquecer la lectura de un libro que acaba de aparecer en París titulado *Le roman vrai de Dominique Strauss-Kahn*, firmado por el periodista Michel Taubmann y publicado por la modesta Editions du moment: un libro con sello de impresión de abril 2011 y depósito legal en el mes siguiente, justo en librerías unos días antes de que estallara la bomba en la suite 2806.

Y es cierto: todo tiende a la novela, esa novela coqueta y maledicente a la que los franceses son afines en los pasillos y en las conversaciones de cafés, como lo fue en su momento la revelación del pasado vichysta de François Mitterrand, su adocenamiento en época de Pétain, su amistad de siempre y para siempre con René Bousquet, jefe de la policía de Vichy y principal organizador de las deportaciones de judíos franceses hacia los campos de trabajo y de exterminio nazis; o la noticia dada por *Paris-Match* sobre la existencia de Mazarine Pingeot, hija del presidente Mitterrand a espaldas de su esposa Danielle, o el lado trostkista de Lionel Jospin, eternamente negado por el severo político, o los sucios manejos del superministro Roland Dumas, su amante y el asunto de la venta de las fragatas de guerra a Taiwán..., o el divorcio entre Sérgolène Royal y François Hollande...; los grandes temas de sobremesa de la política francesa – curiosamente todos sobre hombres de izquierda-- a los que ahora se suma este otro, a decir de algunos analistas algo hiperbólicos, el asunto más impactante del siglo XXI desde el punto de vista mediático, después de la masacre de las Torres Gemelas de Nueva York.

La novela de este periodista a todas luces strauss-kahniano empieza en Odessa, de donde los bisabuelos judíos del político francés salen huyendo en 1881 tras una oleada de pogromos contra los suyos; huída que se detiene en Viena y que concluye en París, donde el joven Gregor se convierte en el Dr. Breitman, médico rural en las cercanías de Blois. Al tiempo nace Blanche Breitman, futura abuela, de profesión dentista, luego enfermera voluntaria durante la 1ra Guerra Mundial, conienda en la que conoce y se enamora de André Fellus, soldado también judío aunque de origen tunecino. Es en 1919 que nacerá Jacqueline, la madre del hombre que hoy acaba de declararse *not guilty* en su primera audiencia judicial y que al acto ha regresado a su apartamento en 135 Franklin Street, en el lujoso barrio newyorkino de TriBeCa, donde se agolpan los periodistas y se toman fotos maliciosas los turistas más atrevidos.

Del otro lado de la protohistoria aparece Gilbert Strauss-Kahn, su progenitor, quien desde su nacimiento en 1918 ha visto dos hombres a su lado en función de padre: Gaston Strauss, proveniente de Alsacia, el padre biológico fallecido prematuramente a causa de la secuela de los gases alemanes durante la guerra, y Marius Kahn, un primo joven que ha sido acogido en la residencia familiar y que con el consentimiento de un Gaston ya bastante mermado devendrá esposo, hombre de la casa y, con los años, abuelo putativo, mentor espiritual de Dominique Strauss-Kahn, acompañante agudo en sus viajes por Rodesia y África del Sur, Noruega y Escocia, los campos de exterminio de Dachau y Auschwitz, e incluso al famoso Checkpoint Charlie del muro de Berlín. De ahí la futura reivindicación del apellido compuesto por parte del joven izquierdista francés.

Entonces Domi ha nacido en París a finales de abril de 1949, aunque con tan solo dos años ha sido trasladado a la ciudad marroquí de Agadir, frente al mar, un recuerdo del que, según su hagiógrafo, el viejo lobo político no se ha desprendido. Vendrá luego una adolescencia pletórica en Mónaco (tenis, rugby, ski, natación), su formación en el seno de una familia abierta y tolerante, de espíritu sesentiochesco incluso mucho antes de 1968, que aboga por la aceptación de la contracepción y contra la pena de muerte, en un espacio físico armónico, de debate sano y de cocina variada, cosmopolita...; esa sensación de felicidad tan cara a cierta narrativa norteamericana, una felicidad tortuosa que se ve interrumpida por los constantes amoríos de Gilbert Strauss-Kahn, el padre abogado (en sus Memorias, su esposa Jacqueline lo llamará «el coleccionista», como si se tratara de la contraparte masculina de un célebre personaje de Eric Rohmer), y con ello el sufrimiento de su hijo adolescente.

Cuando en 1966 la familia en pleno se traslada nuevamente a París, Dominique es «un chico hermético y púdico», según el testimonio de Véronique Magnan, una amiga de juventud. Su padre quiere que él siga la línea masónica de la

familia, pero el joven antigaullista rechaza la idea: quiere ser marxista. Entrevistado para este libro, Dominique Strauss-Kahn afirmará: «El Partido Comunista era para mí el partido de los trabajadores. Como buen marxista, pensaba que no se podía hacer la revolución sin la clase obrera. A diferencia de los izquierdistas, a quienes veía como pequeños burgueses, yo no quería desconectarme de las masas. Mi adhesión era profunda. Desde el punto de vista económico consideraba la economía planificada superior al capitalismo. El problema de los derechos humanos en la URSS y en los países del este en realidad no me preocupaba». Es en esa época que se afilia a la Unión de Estudiantes Comunistas, incluso mientras estudia en la Escuela de Altos Estudios Comerciales (HEC), un centro de élite creado en 1881, financiado por la Cámara de Comercio de París, sitio de referencia para la formación de profesionales del empresariado y de las nuevas tecnologías; el mismo sitio en el que Dominique Strauss-Kahn confronta ideológicamente, por un lado, a muchísimos colegas provenientes de la derecha, y del otro, al círculo de los maoístas, muy en boga por aquellos tiempos.

El joven estudiante cree, cree y no duda, a pesar de su escasa participación en los sucesos de mayo de 1968. Un año más tarde, tras una aventura de turista mochilero con otros amigos por tierras búlgaras y yugoslavas, insiste en su apoyo a la economía centralizada, aunque debe admitir que «ha sido mal aplicada y que todo funcionaría mejor si se hacen las cosas de otra manera». Al otro año se produce su llegada a Nueva York y su descenso al estado de Florida, para de ahí volar a Colombia, Ecuador y Perú, siempre en plena aventura juvenil, pero alarmado ante el peso enorme de las transnacionales norteamericanas en territorio de América del Sur. Finalmente en 1971 Dominique Strauss-Kahn concluye sus estudios en HEC e inicia una ascendente carrera de economista, codeándose en foros internacionales con futuros consejeros de la presidencia norteamericana y futuros premios Nobel de economía. Con veintiseis años Strauss-Kahn es investigador y profesor en varias instituciones de renombre.

«A partir de 1972 –argumenta el entrevistado-- entiendo que el comunismo no puede sostenerse por sí solo. Mientras más comprendo las complejidades de la economía, mejor percibo el carácter simplista de las tesis comunistas en contradicción total con mi trabajo. Y luego están también los ataques contra los derechos humanos, que empiezan a ser conocidos después de la publicación en Occidente de los libros de Solzhenitsyn». Dominique Strauss-Kahn no desecha el pensamiento económico de Marx, pero a partir de esa fecha asume con mayor vehemencia las tesis de John Maynard Keynes sobre el intervencionismo estatal. Contrariamente al marxismo, el keynesianismo no se propone la destrucción del capitalismo sino su regulación: una palabra, esta última, que el gran patrón del Fondo Monetario Internacional, no dejará de utilizar.

1976 marca el punto de entrada de Dominique Strauss-Kahn en el Partido Socialista francés. Dos tendencias divergentes pugnan en el seno de la organización política: una jacobina y autoritaria, en la que queda enmarcado el Partido Comunista Francés y el CERES (Centro de estudios, investigación y educación socialista), con el que colabora el joven economista: una rama leninista y activa de la izquierda; y otra rama, descentralizada y promotora de la autogestión ideológica dentro de la que se ubica el periodista Jean Daniel (la misma persona que se encontraba con Fidel Castro cuando se supo de la noticia del asesinato de John F. Kennedy), fundador del semanario *Le Nouvel Observateur*: la llamada «segunda izquierda». «Yo era jacobino y bien partidario de la intervención del Estado –abundará el implicado–, mientras que los rocardianos privilegiaban la acción de la sociedad civil. Yo abogaba con mucha fuerza por la unión de toda la izquierda, mientras que ellos exigían una mayor autonomía con relación al Partido Comunista».

Sin embargo, hablamos de la época del apogeo nefasto de los Kmers rojos en Cambodia, de la purificación étnica e intelectual a la que se consagra el gobierno de Pol Pot y del modo en que la comunidad internacional empieza a conocer los detalles de semejante genocidio aplicado en nombre del comunismo. La izquierda francesa más activa, «brisée» y consternada, hace aguas. Célebre será aquella exclamación, «Liliane, haz las maletas», pronunciada por el Secretario General del Partido Comunista Georges Marchais, cuando desde su retiro vacacional en Córcega supo de la debacle que se estaba produciendo en la izquierda a finales de agosto de 1977 y del ascenso de un líder conciliador y hábil, François Mitterrand, percibido por el ala comunista como implicado en una «deriva derechista». De hecho, el PC se afanará en una campaña de contra-unión de la izquierda, gesto que no hace sino favorizar el ascenso del Partido Socialista y la llegada definitiva de Mitterrand al poder.

El 10 de mayo de 1981 se produce el triunfo de François Mitterrand. Aunque Dominique Strauss-Kahn sabe y asume que él no forma parte de los hombres del Presidente, ha ido en los últimos años acercándose al ala que este representa, sobre todo porque con sus algo más de treinta años quiere poner sus conocimientos en materia financiera al servicio del Partido Socialista. De ahí que alterne su trabajo como profesor en la universidad de Nancy con otro menos visible, subrepticio, como economista en jefe de su partido, aunque todavía con un concepto demasiado «estatista, antiliberal y proteccionista», al decir de su compañero Claude Allègre, proyección que no parece haber afectado su nombramiento posterior como Jefe del Servicio de Finanzas, el punto G donde se estudian y evalúan los presupuestos del Estado.

El ascenso de Dominique Strauss-Kahn es vertiginoso : para 1984 cambia su larguísimo nombre por el label DSK (habrá otro caso de establecimiento de un nombre como si se tratara de una marca comercial, el de BHV, Bernard-Henri Lévy, filósofo y vedette de los medios de prensa franceses), se afeita su barba irreverente, cambia sus gruesos espejuelos de pasta por unos lentes de contacto, se viste con trajes de paño fino salidos de las mejores marcas y cena con regularidad con los más reputados jefes de empresa del país. Acto seguido se separa de Hélène Dumas, su esposa de toda la vida. El cambio se ha producido. DSK empieza a imponer su estilo play-boy contra en viejo estilo «décontracté» y abandonado de los viejos militantes. En un juego de palabra, que es también un juego con la historia totalmente aplicable a junio de 2011, el vespertino *Le Monde* le dedica un artículo titulado «Le monde selon Strauss-Kahn».

No obstante sus veleidades, el nuevo DSK sigue siendo un hombre de izquierda: mientras en medio de la cohabitación Mitterrand-Chirac admite el rigor presupuestario impuesto por el Ministerio de Economía y Finanzas de cara a Maastricht y las exigencias de la nueva Europa, exige por su parte que los frutos del crecimiento (4% en 1988) sean debidamente repartidos: aumento de salarios, reanudación de las inversiones en el sector público, reformas fiscales que favoricen a los desfavorecidos...; al tiempo que se codea con los principales PDGs del país: l'Oréal, Peugeot, Alcatel, Alstom... DSK representa a una izquierda post-mitterrandista e incluso a otra post-jospinista, más abierta al mundo, con menos anclaje en ciertos dogmas provenientes del viejo marxismo.

En 1991 se produce su divorcio de Brigitte Guillemette, la persona que se considera responsable de la creación del label DSK, la ideóloga de una verdadera campaña de mediatización a la americana, y tiene lugar el casamiento con Anne Sinclair, la mujer que lo sostiene hoy día en su refugio de Manhattan a la espera de que las aguas retornen a su sitio, una mujer algo más joven que él, de nacionalidad francesa y norteamericana, nieta de Paul Rosenberg, uno de los coleccionistas de arte más renombrados del siglo pasado (amigo y mecenas de Braque, Léger, Matisse, Picasso...), además de periodista aguda, vedette de la prensa televisiva francesa. Otro personaje clave de la izquierda funge de testigo en el matrimonio: Lionel Jospin. Sobre este último, hace apenas unos meses, entrevistado para el libro al que nos referimos, DSK haría las siguientes afirmaciones: «Siempre supimos que no éramos idénticos. Lionel no dejaba de observar a los otros con una mirada moralizadora. Cuando yo estaba en Bercy él me reprochaba que yo invitara a los grandes empresarios a mi mesa. Son los restos de un viejo prejuicio marxista que lo lleva a considerar a los patronos como enemigos. En eso nunca estuvimos de acuerdo. (...) Sobre mi vida personal también emitía un juicio severo. Me encontraba ligero, no suficientemente virtuoso. Es una banalidad decirlo pero Lionel es un «protestante reforzado». Para apreciarlo hay que conocerlo bien. Con la

distancia considero que en nuestra relación, a pesar de la amistad y de una confianza verdadera en muchos planos, existía una parte de mi personalidad que no podía mostrar delante de él y temas sobre los que no podíamos conversar».

En 1997 DSK es nombrado por Lionel Jospin como Ministro de Economía y Finanzas y desde su puesto propone una «tercera izquierda» que combine ambición social y realismo en la gestión. De hecho, se trata del creador de los empleos-jóvenes, 350 000 en el sector público y otros tantos en el privado, estos últimos subvencionados por los fondos del Estado, al tiempo que sus relaciones con el empresariado no pueden ser mejores: por primera vez, visto por su hagiógrafo Michel Taubmann, un ministro de finanzas de izquierda que no le teme a los patrones, que no se esconde, que cena con ellos en los mejores restaurantes de París; de ahí el reproche de su rival hasta hace apenas tres semanas, Martine Aubry, acusándolo de demasiado complaciente. Desde su puesto en Bercy, DSK, mucho más y mejor que otros ministros de derecha, estimula y protege a las empresas privadas y promociona una real expansión del mercado. Su mano está detrás de las privatizaciones, parciales o totales, de France Télécom, Air France, Seita..., defendidas por DSK como «apertura al capital», actos que aportan unos 150 000 millones de francos a las arcas del Estado y que facilitan su redistribución y su reinversión en el sector público.

En 2002 DSK vuelve a aliarse con Lionel Jospin, de cara a la campaña electoral, pero su padrino político es eliminado en la primera ronda y sale para siempre de la vida política. En el invierno 2005-2006, a la hora de las decisiones partidistas sobre los posibles candidatos el Partido Socialista para las siguientes elecciones presidenciales, la relación entre DSK y Jospin se enfriaba: Lionel duda, titubea, luego decide no apoyar a su pupilo, favoreciendo de ese modo el ascenso de Ségolène Royal. La votación se produce en 2007: Ségolène pierde, gana Nicolas Sarkozy. Nuestro hombre aprovecha y llama nuevamente a la renovación de la izquierda y al acto deviene, incluso cinco años antes de las nuevas elecciones, el candidato mejor ubicado, el más visible, el presidenciable, con vistas a 2012.

Mientras tanto, DSK, llamado a filas por el Fondo Monetario Internacional, aboga por «un FMI que no puede conformarse con ser un gendarme que presta dinero a cambio de reglas muy duras para los países en dificultad...» La imagen que DSK impone en el organismo regente de las finanzas mundiales es agradable, de flexibilidad y realismo, pero sobre todo de mucho trabajo. Sin embargo, el 18 de octubre se desata la primera tempestad. Mario Blejer, economista argentino y ex funcionario del Fondo descubre un intercambio de correos electrónicos entre el nuevo director y su esposa, Piroska Nagy, una húngara que fungía por entonces como una de las responsables del Departamento África del FMI. El affaire se hace público y tras investigación una

comisión interna nombrada para el caso determina que se trata de un asunto entre adultos con pleno consentimiento por ambas partes y que no hay evidencias de influencia por parte de DSK para beneficiar a su amante en el plano laboral.

Anne Sinclair, la esposa mancillada, emite un comunicado en el que afirma: «Todos sabemos que cosas como estas pueden ocurrir en la vida de cualquier pareja. (...) Por mi parte, esa aventura de una noche ha quedado atrás, hemos pasado la página. Nosotros nos amamos como el primer día». Pero la mujer húngara, molesta por la referencia de Anne Sinclair a «one night stand», contraataca con una carta publicada en *L'Express* en febrero de 2009 en la que afirma haber sido convocada varias veces al despacho del Director y haber sido víctima de insinuaciones constantes para las que, a pesar de su edad y de su experiencia, ella no estaba preparada. En ese mismo mes de febrero el humorista Stéphane Gillon, en una especie de llamado mordaz minutos antes de la visita de DSK a los estudios televisivos de France Inter, lo llama «la bragueta más rápida del Partido Socialista», a lo que el político responde con una expresión de molestia en plena emisión en vivo, gesto que obtendrá más tarde todo el apoyo del presidente Sarkozy y que dará pie a un sonado debate sobre la libertad de expresión dentro de la democracia. Dos años atrás, Jean Quatremer, corresponsal del periódico *Libération* en Bruselas, había anticipado que «el único verdadero problema de Strauss-Kahn» era «su relación con respecto a las mujeres». Ahora todos le dan la razón y DSK deambula por su apartamento de Manhattan con un brazalete electrónico en el tobillo controlado sabrá Dios desde qué sitio de la Nación americana.

Hasta hoy esa ha sido más o menos la historia, aunque todavía quedan kilómetros de lagunas por explorar en busca, si existe, de esa «verdad verdadera» a la que se refería Tony Montana en *Scarface*. No sólo las feministas sino otras tantas mujeres permanecen escandalizadas ante la actitud de Anne Sinclair. «En este mundo de cochina mentalidad eres la esposa de alguien o la puta de alguien; o vas camino de convertirte en una de las dos cosas», afirmaba irreverente y exagerada Jenny Fields, personaje de *El mundo según Garp*, de John Irving. Lo cierto es que todo se cocina entre paredes de un apartamento de 50 000 dólares mensuales (otro de los motivos de escándalo en la izquierda francesa según *Le Monde*, el 27 de mayo pasado), en donde DSK -- *Le Perv*, como lo ha llamado la prensa norteamericana-- se reúne con su mujer, sus hijas y su abogado estrella, Benjamin Brafman, salvador de mafiosos y de raperos violentos, el mejor abogado penal de Nueva York, pero también el más caro: otro millón de dólares que desembolsará la millonaria Sinclair en concepto de honorarios después de haber aportado la misma cifra a la justicia norteamericana como fianza para sacar a su marido de la cárcel de Rikers Island a donde había sido conducido como un ladrón de gallinas.

En medio del cinismo de su columna en *Le Journal du Dimanche*, el escritor Philippe Sollers, para quien Dominique Strauss-Kahn no tiene nada que ver con un libertino del Siglo de las Luces, intenta ser piadoso con la esposa mancillada y paciente: «Mientras esperamos, DSK se ha convertido en el marido más caro del mundo. Su mujer es heroica. Honremos su sistema nervioso». Pero las noticias no ayudan: el *Corriere della Sera* del pasado 25 de mayo publica una entrevista con la actriz porno Natasha Kiss quien confiesa haber tenido un encuentro con DSK, haría unos cuatro o cinco años, en un club de intercambio de París. De alguna manera ella llegó a reconocerlo, pero al acto preferió ponerle un apodo --Gengis Kahn--, quizás por la similitud en los apellidos, tal vez por la corpulencia y la fogosidad del hombre político con el que intercambió palabras y otro tipo de fluidos. Al final Natasha Kiss lo describe como un hombre tierno, un verdadero gentleman, que no se comportó como un perro, como ocurre muy a menudo. «Sólo se trata de un libertino, nada más que eso», concluye la señorita Kiss.

Mientras todo esto ocurre, acá en la Vieja Europa, específicamente en París, Georges Tron –ah, por fin un político que no viene de la izquierda--, Secretario de Estado de la Función Pública, un cargo con rango de ministro, se ha visto obligado a dimitir tras varias acusaciones de agresión sexual interpuestas por dos de sus excolaboradoras en el ayuntamiento de Draveil, localidad en la que funge aún como alcalde. El punto delicado está en la afición del político local por la reflexología podal, el masaje, el alivio del dolor..., y de ahí el roce, la frotación, el embalamiento de la bestia. En paralelo, el filósofo y antiguo Ministro de Educación Luc Ferry ha insinuado esta semana en el *plateau* de Canal + que un colega suyo, exministro también, tuvo en su momento relaciones pedófilas durante un viaje a Marruecos...

En esta esquina del continente dice la prensa que se ha producido una liberación de la palabra, que el terremoto del Sofitel de Nueva York ha desatado recuerdos enconados y viejas pulsiones, que se ha perdido el miedo. Desde una esquina de la ciudad, exactamente desde uno de los recodos que dan al Museo de Arte Moderno, creo estar escuchando la voz ronca del clochard que ha colocado su viejo colchón bajo la foto de Gengis Kahn y que no deja de pedirle un cigarrillo a todo el que se le acerca.

Gerardo Fernández Fe
París

Publicado en el blog [Penúltimos Días](#), el 11 de junio de 2011.